

# R ESEÑA



# ALONSO, Luis Enrique (ed.). *Siempre nos quedará Bourdieu*

Madrid, Ediciones Ciencias Sociales del Círculo de Bellas Artes, 2021, 266 p.

*Marc Barbeta Viñas*

UNIVERSITAT DE GIRONA

marc.barbeta@udg.edu

A pocos meses de la celebración del 20.º aniversario de la muerte del sociólogo francés Pierre Bourdieu, la editorial vinculada al histórico Círculo de Bellas Artes de Madrid ha publicado un libro espléndido dedicado a las aportaciones que hace Bourdieu a la sociología y, como elemento particular, a los años que este sociólogo vivió en Argelia. La obra fue presentada el pasado julio, en la propia sede de la citada entidad cultural, con la participación, entre otros, del editor del libro, el sociólogo Luis Enrique Alonso. Se trata de un libro que se ha ido cocinando a fuego lento: el origen de este lo tenemos que situar en un ciclo de conferencias organizado en 2012 por el Círculo de Bellas Artes sobre el oficio del sociólogo y el legado que, en relación con la cuestión, dejó Bourdieu. Este encuentro contó, al mismo tiempo y en el mismo local, con la exposición titulada “Imágenes de Argelia”. Una muestra que recogía fotografías realizadas por Bourdieu durante su estancia en Argelia durante la década de los cincuenta.

Tal y como nos indica el prefacio, y, de hecho, la publicación del propio libro lo testimonia, la obra de Bourdieu ha ejercido y sigue ejerciendo actualmente una influencia gigantesca en la sociología mundial. No es solo que Bourdieu sea uno de los autores más citados en los artículos científicos del ámbito de las ciencias sociales, sino que, como bien explica Alonso, hoy es prácticamente imposible hacer sociología sin la referencia de Bourdieu. Esta relevancia adquirida por el autor francés parece justificar, por sí misma, una nueva publicación sobre su legado. Pero, además, las aportaciones del autor, en términos teóricos, empíricos y metodológicos, han trascendido, en no pocos ámbitos, a los contextos sociohistóricos en que fueron escritas, y son capaces de iluminar críticamente los procesos sociales más actuales. Y, como nos señala el prefacio, es esta capacidad de trascender a «su tiempo» lo que acerca a Bourdieu a la categoría de autor clásico (contemporáneo).

El libro se compone de ocho capítulos más un prefacio escrito por el mismo editor. En conjunto, la obra se desarrolla en tres centros de interés diferentes: unos capítulos se dedican a la etapa probablemente más desconocida de Bourdieu por la mayoría de los lectores: el paso por Argelia y su producción sociológica en este contexto; otros capítulos se dirigen a la revisión conceptual de la propuesta sociológica del francés; y, finalmente, se presentan dos capítulos más en los que se usan algunas de las herramientas teóricas y metodológicas de Bourdieu para analizar temas profundamente dispares. Los diferentes capítulos del libro muestran, de una forma u otra, cómo Bourdieu planteaba los problemas sociales —o, mejor dicho, problemas sociológicos, si seguimos la diferenciación hecha por Peter L. Berger— alejándose de las *doxas* del sentido común y de la academia.

El primer capítulo es el del sociólogo y economista de origen argelino Lahouari Addi. El texto se centra, primero, en la crítica a la modernidad opresiva presente en la obra de Bourdieu. Addi desgrana el pesimismo antropológico de Bourdieu en la mirada del ser humano de la modernidad. Para este autor, la modernidad genera una ilusión de libertad en el individuo; una ilusión que Bourdieu se encargará de apaciguar analizando los determinismos sociales que orientan las vidas de los seres humanos y que, lejos de poder desaparecer, como mucho, se construyen otros. De hecho, la modernidad lo que hará es agravar este destino trágico y opresivo, y Bourdieu lo mostrará analizando la sociedad cabileña, ajena todavía —la década de los cincuenta— a la civilización industrial moderna. A partir de aquí, Addi reflexiona sobre los modelos y las lógicas prácticas, así como el funcionamiento de las sociedades modernas, para acabar presentando el antiutopismo de la obra de Bourdieu: la desigualdad social y la dominación nunca encontrarán un final. Ahora bien, Addi añade que la sociología de los *habitus* de Bourdieu no deja de aportar luz sobre los vínculos sociales y los mecanismos de la dominación que, en efecto, abren el camino hacia su desnaturalización y deslegitimación.

El autor aborda también la desconfianza del francés ante el movimiento de liberación de Argelia. Aleja-

do de maniqueísmos, el realismo sociológico muy informado —en lugar de pesimismo, que decía Benedetto— lleva a Bourdieu a vincular las subjetividades potencialmente revolucionarias a unas condiciones sociológicas objetivas sin las cuales difícilmente las primeras puedan tener éxito. Como el propio Addi señala, esto no significa que Bourdieu no estuviera a favor de la independencia de Argelia, pero no se abstiene de mostrar escepticismo con el proceso real de liberación. Una cosa son los anhelos de libertad y los sentimientos legítimos de injusticia de los argelinos, y otra muy diferente la traducción de estos anhelos en un análisis riguroso y en la voluntad política de construir una sociedad nueva con todo lo que esto comportaba. Para Bourdieu, el FLN se quedó lejos de conseguirlo.

El segundo capítulo, de Luis Enrique Alonso, es, como siempre, un texto muy completo y altamente clarificador de las posiciones teóricas de Bourdieu. Alonso sitúa al autor francés y a su obra en su contexto de producción y, de manera reivindicativa, defiende la vigencia de una sociología sociológica —por redundante que pueda parecer la expresión—, como la practicaba el propio Bourdieu. Alonso empieza por un campo de estudio que comparte con Bourdieu: el consumo. El francés considera que las prácticas adquisitivas y culturales se incrustan en la estructura social y le dan una forma determinada que, a la vez, se expresa comunicativamente en lógicas distintivas y estilos de vida diferentes desarrollados por grupos y clases sociales. Una visión que el autor inscribe en una serie de influencias clásicas, reconocidas o no. Con estas influencias, Bourdieu se inspira para analizar las conductas económicas como mecanismos de significación cultural, a la vez que supera algunos de estos planteamientos —por ejemplo, en el caso de Veblen— inscribiendo las relaciones de intercambio en un marco global y estructural de dominación entre grupos sociales. En Bourdieu, nos dirá Alonso, cuando habla de la economía simbólica del consumo, asentada sobre unas bases materiales vinculadas a las posiciones sociales de los consumidores, resuenan las aportaciones de Elias, Weber y Marx, incluso Mauss y autores menos profesados como Edmund Goblot o Maurice Halbw-

chs, este último ampliamente estudiado por Alonso en otros textos destacados. La relación de las necesidades con los diferentes estados de conciencia que colectivamente desarrollan las clases sociales, hasta las capacidades simbólicas de definir las posiciones sociales, así como el ingente análisis estadístico, son algunos de los elementos comunicantes entre estos autores franceses.

Siguiendo la exposición del consumo, se pasa a abordar varias dimensiones, entre las cuales destaca el discurso: una vez más, Bourdieu representa una *vacuna* —si se me permite la expresión en épocas pandémicas— contra los *pansemilogismos* practicados por la French Theory y algunas recepciones de los estudios culturales. Alonso no deja de subrayar que, mientras que, por estas perspectivas, los textos se explican por ellos mismos y destacan solo por su fuerza performativa, Bourdieu, y, de hecho, el análisis sociológico del discurso, trabajan con la hipótesis de que los textos tienen referentes extradiscursivos que se encuentran, precisamente, en las condiciones sociales en las que han sido producidos. Entre las virtudes de Bourdieu se encuentra la incorporación de las posiciones objetivas y el campo de la producción en la explicación sociológica. Pero en el capítulo también hay espacio para las críticas razonables (Bernard Lahire) sobre Bourdieu y su mecanicismo determinista que —precisa el texto— ha derivado de algunas lecturas del francés. Para Alonso, Bourdieu representa un excelente ejemplo de sociología rigurosa y crítica que reivindica una sociología desfamiliarizadora de lo que es familiar, que, una vez más, nos hace recordar a Berger cuando afirma el carácter desenmascarador y relativizador del conocimiento sociológico.

El tercer capítulo, de Cecilia Flachsland, es una propuesta de interpretación de algunos aspectos de la vida de Eva Perón a la luz del libro de Bourdieu *La dominación masculina*. La autora comprende el peronismo como la consecuencia de un «incidente histórico» que puede implicar ciertas transgresiones y la subversión de las estructuras de dominación, muy particularmente en el campo de los derechos civiles y políticos de las mujeres. La autora hace una revisión crítica del libro

de Bourdieu para utilizarlo en un segundo momento del capítulo, como gafas que permitan interpretar a Eva Perón. Como la misma autora reconoce, es curioso partir de una obra que tiene como objetivo explicar la dominación para explicar un caso de emancipación. De hecho, Flachsland, a pesar de ver en *La dominación masculina* aspectos comunes con el feminismo, establece también diferencias importantes: mientras que Bourdieu se preocupa por estudiar y explicar la dominación, el feminismo, según la autora, responde más a una praxis política orientada a la emancipación. La obra de Bourdieu, en cierto modo, es usada en el capítulo para «tener los pies en el suelo», es decir, para no olvidar los límites que tienen las «intervenciones performativas» postuladas desde el feminismo postmoderno, desde el punto de vista de la emancipación.

La segunda parte del capítulo es la dedicada a la biografía de Eva Perón en el marco de las principales transformaciones políticas de la Argentina de los años cuarenta y cincuenta. Sin duda, un ejercicio original que, sin embargo, Bourdieu va dejando un poco de lado hasta el final del capítulo, donde este vuelve a aparecer. Tal vez, este recorrido tenga que ver con la contradicción comentada inicialmente entre las posibilidades que ofrece la obra del francés para analizar la emancipación. Porque la interpretación que propone la autora de la vida de Eva Perón pasa por la subversión de los *habitus* en un momento sociohistórico determinado —en el que Bourdieu tiende a desaparecer—, en una especie de «incidente histórico»; pero un incidente que se resolverá de acuerdo con las «invariantes históricas» de la dominación masculina y la violencia simbólica (y no simbólica) que vuelven a imponerse de nuevo —recuperando a Bourdieu— con el golpe de estado de 1955. Incluso la rememoración de lo que significaron los cambios promovidos por Perón en la lucha contra las desigualdades de género ha quedado bajo los dominios de la dominación masculina, desde la cual se ha promovido el silencio o el olvido —denuncia la autora— de una experiencia emancipadora.

El cuarto capítulo, escrito por la socióloga de origen argelino Aïssa Kadri, aborda el acercamiento del

autor francés a Argelia, un aspecto que se ha pasado por alto en los estudios sobre Bourdieu. El texto evita cualquier idealización del paso de Bourdieu por Argelia, señalando las contradicciones en que se encuentran sus contextos de investigación y, a la vez, la dificultad real de enfrentarse a ello. Esta situación contradictoria significó, pese a todo, un estímulo para el joven Bourdieu a la hora de estudiar atentamente a la sociedad argelina. Aun así, en una primera fase, en la que Bourdieu desarrolla un enfoque etnográfico y, posteriormente, colabora con el centro de estudios estadísticos del ARDES, los objetivos que presiden sus investigaciones son, en primer lugar, de carácter político. Se trata de encargos realizados desde instancias políticas y militares que están muy interesadas en conocer la realidad argelina con la máxima precisión posible. Entre otros, destaca de esta época la aproximación estructuralista que hace Bourdieu a la diversidad social y étnica del país, unida bajo el elemento común del islam. Estas investigaciones, junto con las del mundo rural argelino, plantean, según la autora, un conjunto de problemáticas metodológicas y epistemológicas vinculadas al contexto en el que se produce el trabajo de campo: un contexto bélico, de guerra, en el que Kadri cuestiona la validez de los datos producidos cuando las entrevistas a campesinos se hacían acompañadas de vigilantes, aparecían personas asesinadas después del inicio de las encuestas, etc. De forma crítica, la autora no deja de subrayar que, en aquellas investigaciones, no se trataba solo de comprender la sociedad argelina, sino de modificarla en función de los intereses de la colonia francesa.

Finalmente, Kadri explica cómo, en cierto modo, Bourdieu se reconcilia con Argelia cuando vuelve unos años más tarde a promover el Instituto Nacional de Investigación, donde colaboraron sociólogos de la talla de J. C. Passeron, R. Castel o A. Sayad. Este centro, que duró unos tres años, fue un vivero de científicos sociales (donde estudió la autora del capítulo) que encontró en las aportaciones de Bourdieu una importantísima fuente de inspiración. Sin embargo, como bien explica la autora, el centro acabó cerrando por las reformas universitarias que sacudían la educación superior en Argelia, en la línea de la «modernidad economicista».

El compromiso de Bourdieu con Argelia no acabó; al contrario, se movilizó a favor de compañeros argelinos que corrían auténtico peligro.

El capítulo de Idelfonso Marqués se dedica a una defensa del concepto de *habitus*, central en Bourdieu. Empezando por los antecedentes maussianos y la *hexis* (técnica corporal de incorporación de contenidos culturales), el autor hace un repaso del carácter disposicional que tiene el *habitus* de Bourdieu hasta su definición sistemática en obras posteriores. Para Bourdieu, el *habitus* irá más lejos de la dimensión corporal, incluirá dimensiones cognitivas, emocionales, así como la recepción y la acción en el mundo social. Como bien dice el autor, el *habitus* debe entenderse como un elemento activo y no pasivo de la acción, que nos constriñe, pero que, a la vez, nos habilita para actuar de determinada manera en sociedad. Se trata de un mecanismo basado en el pasado incorporado que, de manera no consciente, nos proporciona los marcos para la percepción y la acción. De este modo, Marqués aleja el *habitus* de la reflexión y la volición, sin que esto implique convertirlo en un mecanismo inmovilizador. Y aquí es donde Marqués subraya la utilidad del *habitus*: en la capacidad de reproducir los esquemas de éxito del pasado. El autor se apoya en disciplinas dispares que, eso sí, gozan de legitimidad académica y que, como bien dice, tienden a coincidir con las tesis de Bourdieu: la neurología y la psicología cognitiva. Además, confronta las tesis más racionalistas de autores como Goldtorphe o Pikkety.

Ahora bien, a pesar de que la defensa de Bourdieu y el *habitus* es acertada e, incluso, valiente en tiempos de hegemonía de los más diversos individualismos, tal vez el problema sea la visión positiva en cuanto que *adaptacionista* de los *habitus*. Tal vez sería más pertinente pensar que el *habitus* no es ni positivo ni negativo, o, en todo caso, positivo o negativo en función del contexto y el campo social en el que se movilice. Quizá, Marqués piensa solo en los *habitus* de las clases medias y altas que, efectivamente, llevan a un éxito casi asegurado; pero no podemos decir lo mismo cuando el *habitus* nos hace pensar y actuar de acuerdo con las formas no legítimas y dominadas

dentro de un campo social, cosa que nos puede conducir hacia el «fracaso». Como bien señala el autor, se puede tener cierta conciencia de *habitus*, especialmente cuando hay procesos de cambio que piden cambio de *habitus*. Ahora bien, no todo el mundo está en situación de hacerlo (posición resiliente), sino que a menudo el pasado continúa actuando con lógicas viejas en la nueva situación (histéresis). Que el *habitus* sea un mecanismo activo que nos orienta y proporciona pautas para la acción no necesariamente tiene que ser por el éxito de estas pautas, sino porque hemos sido socializados en unas condiciones socio-históricas concretas y solo de acuerdo con estas y las posibilidades que nos abren los diferentes contextos es como podemos actuar.

En su capítulo, Martín Criado propone un relato interesante sobre los principales acontecimientos sociopolíticos previos a la guerra de la independencia de Argelia, para mostrar el contexto que se encuentra Bourdieu a su llegada al país en 1956. Pero la cuestión a la que se dedica el resto del texto son los planteamientos políticos subyacentes en las primeras obras de Bourdieu.

Sobre *Sociologie de l'Algérie* destacaremos que Martín Criado señala que la perspectiva de Bourdieu, consistente en caracterizar la sociedad argelina como un todo integrado y muy organizado socialmente, debe entenderse desde la crítica a las tesis que definían la sociedad argelina como un conjunto de fanáticos primitivos con una cultura tradicional que les impedía adaptarse a la modernidad. Una concepción que no hacía otra cosa que legitimar las posiciones y los intereses colonizadores. Y, justamente, la compleja situación de Bourdieu venía dada, en parte, porque el demandante de la investigación empírica era el ejército francés. Entre estas investigaciones se hallan las que dan lugar a obras de gran ambición teórica, empírica y también política: *Travail et travailleurs en Algérie* y *El desarraigo*. En cuanto a la dimensión política, se destaca la valentía del francés para exponer las durísimas críticas que podían no gustar a las fuerzas de la metrópoli. En este sentido, el autor se centra en exponer contra qué posicionamientos escribe Bour-

dieu cuando desarrolla sus investigaciones: contra la colonización; contra las tesis de Sartre y Fanon en relación con el proceso independentista; y, también, contra las políticas promovidas por el nuevo estado argelino. En definitiva, con una aguda propuesta de lectura en clave política, Martín Criado nos muestra cómo Bourdieu combinaba el compromiso político y la investigación objetiva en el interior mismo de esta investigación.

El texto de Moreno Pestaña ofrece una reflexión muy pertinente sobre el legado de *El oficio del sociólogo* que Bourdieu escribió con J. C. Passeron y J. C. Chamboredon en 1968. Un legado que, siguiendo el relativo desuso en el que ha caído en las últimas décadas entre estudiantes y profesionales, podríamos pensar que es escaso. No obstante, Moreno Pestaña hace una original y particular defensa de la obra en sus justos términos; y lo hace empleando una obra que, parece ser, la supera: *El razonamiento sociológico* de J. C. Passeron, escrita años después. El autor revisa el cuerpo principal del argumentario de Passeron y cuatro principios metodológicos: la importancia de la construcción del objeto a pesar de los dilemas del carácter multiparadigmático de la sociología, la evitación necesaria de la metafísica, la asunción de la no transparencia de las acciones, la explicación de lo que es social por lo que es social sin caer en ningún sociologismo y la infradeterminación empírica de los enunciados teóricos. Pues bien, los principios que se exponen en *El oficio del sociólogo*, nos dice Moreno Pestaña, posiblemente no sean válidos hoy para orientar el conocimiento sociológico, pero sí que son útiles —si no esenciales— para no dar pasos atrás y desorientar la sociología hacia la metafísica, el naturalismo o el empirismo (sea estadístico o etnográfico).

El último capítulo lo escribe Marina Requena, que presenta una crítica a las tesis postmaterialistas (Inglehart) de la conciencia medioambiental. Esta conciencia, como valor postmaterial, crecería con el desarrollo económico, una vez cubiertas las necesidades materiales. Las herramientas de la crítica son los conceptos de *habitus* y de lógica práctica, algo que Bourdieu sitúa en la génesis de los compor-



tamientos sociales. La autora, con la utilización de datos empíricos, cuantitativos y cualitativos, muestra las contradicciones que la investigación dominante en conciencia ambiental tiende a reproducir cuando *fetichiza*, por ejemplo, ciertas actitudes de consumo y cuando separa las prácticas «sostenibles» de los estilos de vida cotidianos, normalmente con más impacto sobre el medio ambiente.

Según la autora, los conceptos de Bourdieu permiten ir más allá de las acciones individualizadas y los discursos manifiestos, dado que los actores sociales desarrollamos nuestros estilos de vida en el marco de sistemas sociales articulados y orientados por lógicas prácticas que adquieren sentido en sus contextos sociales específicos. A menudo, son estos los que nos podrán revelar realmente si estamos ante prácticas

sostenibles o no: no es más sostenible el que grita más fuerte y que lo es según un valor postmaterial, sino el que, diciéndolo o no, desarrolla unas lógicas prácticas ancladas en prácticas sostenibles, como les pasa a veces a los pequeños agricultores.

La crítica de Requena es, hoy, más pertinente y necesaria que nunca, en la medida que la sociología, como diría Bourdieu, debe estar al servicio de la comprensión de los procesos sociales y de la deslegitimación de las doxas del sentido común, y no servir como pretexto justificador de discursos —muy abundantes en ciertos sectores sociales—, que, pretendiendo mostrarse —con valor signo incluido— favorables a la sostenibilidad, lo que hacen es practicar un elitismo moral que oculta, precisamente, las lógicas prácticas y las actitudes integrales de estos mismos discursos y conductas.



